

Quisiera ser monolito...

Otro día más supervisando tres excavaciones dispersas en las 97 hectáreas de la zona arqueológica. Me tocan caminatas de más de 500 metros entre cada una de ellas: con el enojo de que una estudiante salió del campamento sin sus lentes de contacto y sólo me lo admitió cuando le hice notar un cambio de estrato que ella no percibió, preocupada por la otra excavación que no estoy segura lo que estamos excavando por la mezcla de capas y por un nivel freático colgante en la última.

Es mayo, el calor apabullante: más de 45° C combinado con 90% de humedad en el aire y, aún así, deseando desesperadamente que no llueva para que no me eche a perder mis excavaciones. Como siempre, tratando de pasar desapercibida entre los más de mil habitantes que se han asentado en el sitio: ensombreada, con lentes oscuros, empañada y con mangas largas, cubierta de tierra de pies a cabeza y empapada en sudor.

En eso escucho: “Aaay, arqueóloga, cómo quisiera ser monolito, pa’ que por lo menos volteara a verme.” Contra mis instintos y sin perder el paso, volteo, pero sólo logro captar siluetas en hamacas debajo de la sombra de un mango; les medio sonrío, reprimiendo la carcajada que quiere irrumpir.

Años después, una vez que la zona fue desocupada de los asentamientos irregulares, localizamos el Altar 8 en las cercanías del mango... ¿sería él, el que quería ser monolito?

REBECA B. GONZÁLEZ LAUCK
Centro INAH Tabasco